

DE BUENAS LETRAS

Proust vs. Joyce

WENCESLAO-CARLOS LOZANO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Con su novela río de tres mil páginas –edición ‘Pléiade’–, Marcel Proust (1871-1922) estrenó un portentoso modelo narrativo, rompiendo con la consuetudinaria linealidad expositiva para adentrarse en un proceloso discurso psicologista y memorístico, y componer sus retratos, sus pormenorizadas descripciones a lo Balzac –el maestro–, los sentimientos más básicos (amor, celos, envidia) y sus sempiternas consideraciones sobre la belleza y el arte: una crítica social aristocratizante avenida con los devaneos mundanales del imaginario balneario normando Balbec y del París de la ‘Belle Époque’.

El curtido lector va paulatinamente constatando la degradación física y moral de sus personajes en el transcurso de cuatro décadas, como vía probatoria y conclusiva de la recuperación de aquel tiempo perdido. Ello con esa fina ironía y espléndida plasticidad coloquial, combinando frases cortas con otras larguísimas, al albur de su poética prosa. Y, como conector dominante, un permanente ejercicio de aprehensión del tiempo para vivificar el pasado y devolverlo al presente desde cualquier fortuita vivencia sensorial.

‘En busca del tiempo perdido’ es una obra tan mitificada y poco leída hoy como ese trasunto vanguardista de la Odisea homérica que es el ‘Ulises’ de James Joyce (1882-1941), que este año cumple siglo. Demasiada prosa

para los tiempos que corren..., por lo que pocos son los que se aventuran a perderse en sus meandros mentales, dejando pronto ambos librotos por imposibles. Eso sí, qué menos que saber que sus novecientas páginas de jocosa inventiva, de maestría descriptiva –otro fiel balzaciano–, de tumulto alegórico y simbólico, de riesgoso fluir de la conciencia y de sorprendivos ‘flashbacks’ cubren –contraviniendo toda lógica lectora– un mero día de Leopold Bloom (ese 16 de junio de 1904 cuyo itinerario callejero se conmemora anualmente en Dublín); que no regresó a casa para cambiarse de ropa tras un entierro porque su esposa Molly –¡culmen del monólogo interior con setenta páginas sin puntuación!– recibía a su amante, y que disfrutaba desayunando riñones de cerdo fritos con sutil dejo de orina. También, claro está, que la Historia es una pesadilla de la que el joven sabiondo Stephen Dedalus no consigue despertar.

De ‘La busca...’ es asimismo de buen tono saberse que arranca con el escueto «Mucho tiempo he estado acostándome temprano», y que cuarenta páginas adelante se produce el prodigioso episodio memorístico de la magdalena mojada en té..., sublime instancia existencial que, desde entonces, todo escritor en ciernes ha ensayado por sí, azarosamente, se imbuía de esa luminosa inspiración demostrativa de estar tocado por la gracia literaria.